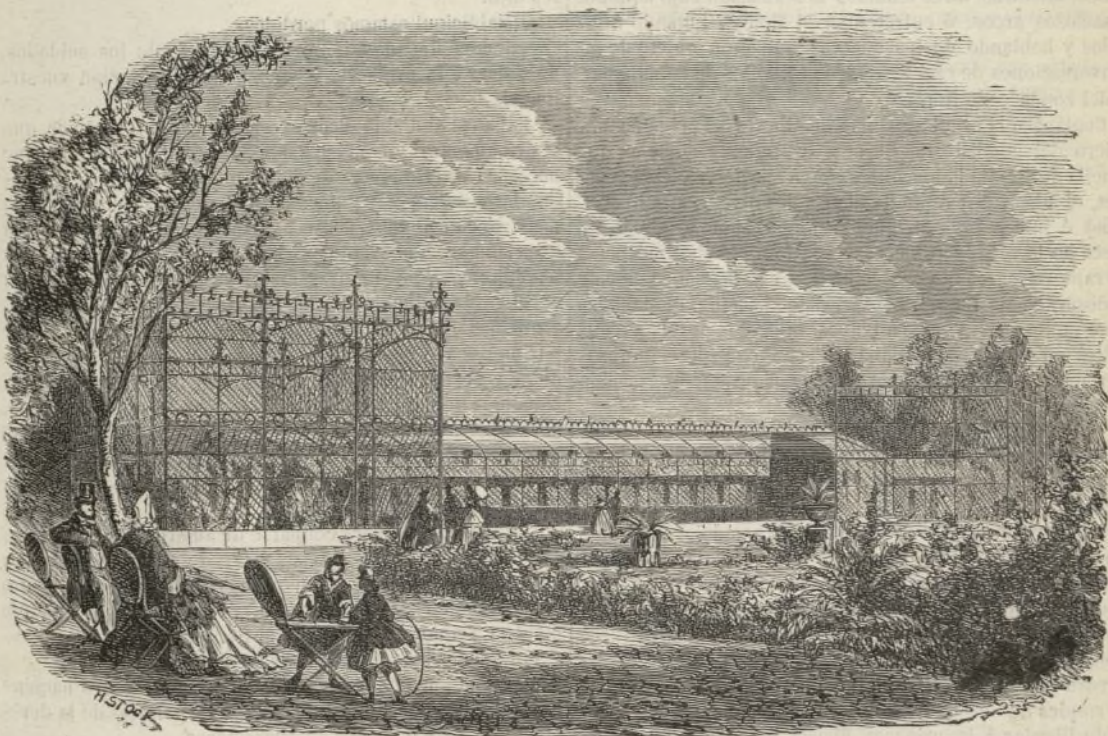


olvidarlos; además esta planta que tan hermosa le parece á vd. no me gusta. Carece de flexibilidad y de gracia: la flor es espesa y sin olor, su hoja parece estar hecha de hojadelata y añada vd. á esto que su nombre ha servido de título á un libro que no he podido leer sin tristeza.

Habia contado tanto con el efecto mágico de aquellas hermosas camelias para calmar el humor crítico de mi compañera que esta última salida acabó de desconcertarme. Así es que no esperando nada de las flores con que habia contado, la saqué rápidamente de la estufa.



Jardin de aclimatacion.

Nos encontramos al volver á entrar en el jardin frente á frente de una gigantesca planta que la hizo exhalar una exclamacion de asombro.

—Esta es una pita de Méjico que ha florecido últimamente en Francia. Esta planta, que algunas veces, aunque malamente se confunde con el aloe, crece en su país natal hasta diez metros de altura. De un ramo de grandes hojas estendidas en un roseton, sale como vd. ve, un tallo escamoso, de donde salen como de el candelabro simbólico del templo de Salomon, ramas horizontales que son otras tantas flores. La pita brota con rapidéz. En su país natal crece algunas veces un pié en cada noche. Sus hojas prensadas y fermentadas dan un licor agradable, al mismo tiempo que con sus fibras se fabrican cuerdas y telas sólidas.

—Encuentro, me dijo mi compañera, todas estas plantas de hojas ásperas, formas estrañas y amenazadoras espinas, originales y muy curiosas sin duda. No sé el efecto que me produciria si pudiese verlas en el país de donde vienen, pero aquí parecen mas fantásticas que agradables: ¡casi me dan miedo, y me causan mas asombro qué...! Una florecita silvestre me causa mas placer, y sentiria verdaderamente que la ciencia lograra aclimatar en nuestros campos esos vegetales petrificados de la zona tórrida.

No saliendo bien con mi compañera la botánica, me la

llevé á otra punta del jardin hácia una construccion curiosa donde se han reunido gallinas de todos los países del mundo.

(Se concluirá).

LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CALDETAS,

ó

EL FALSO PRÍNCIPE DE GERONA.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

(Continuacion).

VIII.

Sobre una pequeña colina que hay sobre el pueblo de Caldas de Estras, llamado hoy Caldetas, y dominando una playa de arena donde vienen á estrellarse, rizadas de blanca espuma, las olas del Mediterráneo, se ve un castillo de forma redonda rodeado antiguamente de un ancho foso que le

AÑO XXIV. 12.

SEGUNDA SERIE.—1866.

aislaba completamente del campo. A la izquierda se veía una torre que servía de habitación á los moradores de aquella fortaleza con una espaciosa plataforma. A la derecha habia una serie de arcos arruinados que formaban la entrada de una vasta galería. Hoy no queda del castillo antiguo mas que la torre redonda.

Velaban en el castillo y en la galería varios hombres de armas, mientras otros tendidos descansaban bajo aquellos espaciosos arcos, ó entretenían el tiempo jugando á los dados y hablando de los sucesos que eran objeto de las conversaciones de casi todos los habitantes de aquella parte del condado de Gerona.

Contábase el cruel asesinato de Alberto, el príncipe heredero del condado de Gerona, el profundo dolor en que aquella desgracia habia sumergido á sus desconsolados padres, el misterioso rapto de Blanca de Puigcerdá, y la actividad é intrepidez con que Enrique habiendo salido en busca de la robada princesa habia logrado dar alcance á los raptos cerca del pueblo de Canet y los habia puesto en desordenada fuga, y habia traído al castillo de Caldetas como punto mas seguro á Blanca, interin la devolvía á sus padres en Puigcerdá, ó daba la vuelta con ella á Gerona, para darle la mano de esposo en lugar de su desgraciado hermano.

Tan hábilmente y con tal arte habia dispuesto las cosas Enrique, que á los ojos del pueblo y de la misma Blanca, ignorante de sus crímenes, pasaba por su generoso libertador.

Habia procurado consolar su inmenso dolor, llorando con ella la muerte de Alberto, á quien él habia mandado asesinar. Tenia á Blanca encerrada en el castillo con la mas esquisita vigilancia, velando él mismo por su seguridad, á pretexto de que los que habian asesinado al príncipe y apoderándose de su persona intentasen algun golpe de mano para recobrarla. Habia tambien enviado mensajeros á los condes de Gerona participándoles el como habia conseguido libertar á la princesa Blanca proponiéndose restituirla allí con toda seguridad. Berenguer y Sibila recibieron gran consuelo con esta noticia en medio de su terrible aflicción, y concentraban cada dia mas y mas su amor en Enrique, al que creían su segundo hijo, y el único apoyo que la Providencia les habia dejado en su desgracia.

Enrique se habia quedado en el castillo de Caldetas al lado de su victima, en cuyo corazon procuraba insinuarse, hablándola de su hermano y tratando de ocupar el lugar que aquel habia sabido conquistarse en el pecho de la hermosa é inocente Blanca.

Alberto, Pedro y Juana llegaron á las inmediaciones del castillo, y fueron detenidos por uno de los soldados que recorrían la parte exterior.

El sonido de una trompeta anunció la llegada de los tres viajeros.

Echaron el rastrillo y entraron dentro envueltos en sus anchas capas, y casi cubierto el rostro con sus grandes sombreros. Presentólos á su jefe el soldado que vigilaba en la puerta del castillo, el que procedió á un interrogatorio, preguntándoles si pertenecían á la banda de los que habian robado á la princesa Blanca y asesinado á su prometido esposo, en cuyo caso los arrestaba, y si no lo mismo.

Pedro, con gran presencia de ánimo, le contestó, que los enviaba allí Testadura.

—¿Vuestro nombre? preguntó el jefe de los soldados.

—Pedro, dijo éste descubriéndose al mismo tiempo.

—Dios me perdone, tú eres el mendigo que vino al pala-

cio ducal de Gerona para implorar la caridad del príncipe Enrique, y que te quedaste conferenciando con él á solas. Voy á ver si puede hacer algo por tí.

—¿Cómo? preguntó algo contrariado Pedro. ¿El príncipe Enrique está ya en el castillo?

—Sí, desde anoche.

Pedro, en voz baja, volviéndose á sus dos compañeros, les dijo:

—¡Maldición! estamos perdidos.

—Hemos llegado á tiempo, dijo el jefe de los soldados, de salvar á la princesa, y voy á avisar al príncipe vuestra llegada.

Dábanse al diablo Pedro y sus compañeros, al ver que el príncipe Enrique se les habia adelantado. No sabían que hacerse. Alberto creía que debía jugarse el todo por el todo, darse á conocer, y puesto que habia allí soldados de su padre apelar á ellos. Pedro le hizo ver que habia tambien gran número de aventureros y bandidos alistados por su enemigo, porque al entrar en el castillo habia visto con vergüenza que habia allí muchos rostros conocidos suyos, y que nada habia que aguardar de ellos, por ser gentes que por un ducado venderían á su padre. Reputáronse por perdidos y se desesperaban, pero Pedro los tranquilizó diciéndoles que pues él los habia metido en aquel mal paso, él sabría sacarlos adelante, porque pocos como él conocían los rincones y secretos de aquel maldito castillo.

Alberto se desesperaba de verse tan cerca de su amada Blanca y no poderla hablar.

—Tiempo habrá para ocuparse de amores, le dijo Pedro, en el entretanto no os vendáis y nos descubráis; entrad en esa galería... conozco bien estas ruinas, hay en un sitio cierto escondrijo subterráneo... pero ya viene, dejadme emplear primero la astucia, y si fracaso...

—Entonces solo tomaré consejo de mi valor.

—Pronto, pronto, no perdáis tiempo, dijo Pedro haciéndolos meter á Alberto y á Juana por las galerías de la derecha en las que en breve desaparecieron.

Ya era tiempo, porque llegaban Enrique y el jefe de los soldados con alguno de estos. Al ver Enrique á Pedro maldijo la torpeza de Testadura, porque no le habia dado de puñaladas segun se lo habia espresamente mandado, y envió al jefe de los soldados á que fuese á llamar á la princesa Blanca.

El jefe de los soldados se dirigió á cumplir su mandato, entrando en la torre de la derecha.

Pedro, haciendo una profunda inclinación á Enrique, le dijo:

—Señor, he cumplido vuestras órdenes y...

Enrique le interrumpió con violencia.

—¡Miserable! ¿Qué acaban de decirme? Tú eres el agente de un execrable ambicioso y uno de los asesinos de mi hermano.

—¿Yo?... ¿Cómo?... contestó turbado Pedro.

—Silencio, bandido, y dirigiéndose á los soldados mandó que le desarmasen. Arrojárse estos sobre Pedro y en un instante le arrancaron sus armas.

Pedro no sabia lo que le pasaba, lamentábase en su interior de no haber previsto aquello.

Enrique mandó á los soldados que se retirasen, y apenas le hubieron dejado sólo, cambiando repentinamente de tono, se acercó á Pedro diciéndole:

—No temas nada... ¿no ves que todo es una farsa?

—¿Cómo?... os felicito porque sois mas hábil de lo que yo os creía en el arte del disimulo.

—Mucho te has retardado en venir.

—Apuesto á que ya no me aguardábais, le dijo Pedro clavando fijamente en él sus ojos.

—Y bien, aquella mujer..., le dijo Enrique en voz muy baja.

—Aquella mujer, contestó Pedro en el mismo tono, ha ido á reunirse con el otro... con Alberto.

—¿En el fondo del Ter!

—Si allí está el uno, allí debe estar la otra haciéndole compañía... es todo cuanto puedo deciros.

—¿Y Testadura?

—Es un borrachon.

—¿Lo has dejado en el camino?

—Estaba incapáz...

—El jefe de los soldados me ha dicho que venian contigo dos hombres... ¿quiénes son?

—¡Toma!... los dos camaradas de Testadura.

—Está muy bien, dijo Enrique dándole un bolsillo, ahí va la cantidad prometida.

—¡Señor, cuánta lealtad! ¿Acaso teneis todavia necesidad de mi?

—Justamente.

—Hablad.

—La princesa Blanca va á venir ahora mismo aquí, tú confesarás delante de ella el crimen de que te he acusado ahora.

—Comprendo que con esa confesion podreis mandarme ahorcar en el acto.

—¿Tengo yo necesidad de esta confesion para eso?

—Es verdad, contestó Pedro convencido.

—Si me obedeces, yo me obligo á dejarte escapar, y solo colgaré de una almena á tus dos compañeros.

—Muchísimas gracias, señor, dijo Pedro, que se veia enteramente á disposicion de Enrique.

Este viendo llegar á la princesa, salió á recibirla á la puerta de la torre.

Pedro no sabia cómo valerse para dar á entender á la princesa Blanca lo que pasaba.

—Venid, querida Blanca, la dijo. A la alegría de haberos libertado de vuestros raptos sucede el dolor de teneros que dar una horrible noticia.

—¡Cielos! exclamó Blanca, ¿se ha sabido algo de Alberto?

—Hace una hora tenia dudas, contestó Enrique, pero ya no puedo tener ilusiones.

—¡Lo habrán asesinado! exclamó Blanca con el acento del mas profundo dolor.

—Descubiertos los asesinos por mis gentes de armas en los alrededores de este castillo, han confesado su crimen.

—¡Pobre Alberto! ¿qué les habia hecho? ¿quién les ha impulsado á semejante crimen? decia Blanca hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué dices? dijo Enrique dirigiéndose á Pedro, acércate, infeliz, y repite lo que me has contado.

Blanca retrocedió espantada cubriéndose el rostro con ambas manos, y exclamando:

—¡Su asesino delante de mí! ¡y tenido tal vez todavia con su sangre!

Pedro se arrojó á sus rodillas queriendo con intencion dar otro sentido á sus palabras diciéndola:

—No lo creais, noble princesa. Si se me ha mandado cometer ese asesinato, gracias al cielo, no he tomado parte ninguna en él. Os juro, prosiguió acentuando mucho sus palabras, que si el que llorais estuviere aqui para oirme, atestiguaría que es verdad cuanto os digo.

—Que hayas sido tú ó tus compañeros los que le han muerto, dijo Enrique con impaciencia, nombra al que ha pagado este asesinato.

—¿Al que lo ha pagado? dijo Pedro poniéndose en pié. Señora, es un gran personaje colocado sobre las gradas de un trono, un pariente desnaturalizado que devora la ambicion, esa pasion furiosa que hiere sin piedad, rompe los mas sagrados vinculos y barre en la sangre cuantos obstáculos se le presentan.

—Basta de palabreria, dijo Enrique dando una patada en el suelo, no te se pregunta sino el nombre de Ramiro.

—¡Ramiro, mi tio! dijo Blanca. Eso es imposible.

Ahora márchate de aquí, miserable, le dijo á Pedro, antes de que me arrepienta de haberte perdonado la vida á cambio de tu confesion.

Enrique procuró consolar á Blanca, que se hallaba sumergida en el mayor dolor, y trataba de arrancarla de aquella horrible mansion y conducirla á Gerona, para lo cual habia creído intimidarla echando la culpa de su rapto y del asesinato de su prometido esposo á un pariente suyo, con objeto de retraerla de su deseo de ir á reunirse en el Puigcerdá con su padre.

Insistia ésta en querer marchar á Puigcerdá, y Enrique porfiaba en que debía de ir á Gerona, donde hallaria un asilo seguro y los brazos de una tierna madre que la estaba aguardando.

Cedió al fin Blanca, y Enrique mandó disponer todo para el viaje, y preparar una litera en que debía de ir la princesa escoltada de los nuevos soldados con que Enrique habia hecho la farsa de salvarla de manos de sus raptos, gente, desalmadas y con las que podia contar enteramente.

Mientras que Enrique lo disponia todo para la marcha Blanca triste y pensativa, apoyada contra uno de los arcos de la galeria, contemplaba dolorosamente los preparativos de aquel viaje.

Juana salió de entre las ruinas de la galeria, y deslizándose poco á poco hasta llegar á su lado, aprovechando un momento en que Enrique se habia separado de allí para dar órdenes á sus gentes, le dijo en voz muy baja al oído estas palabras:

—En nombre del cielo no os vayais, señora, con ese hombre.

—¿Quién me ha hablado? dijo Blanca volviéndose y mirando á Juana, que se habia descubierto el rostro, y al verla se le suscitaron los recuerdos de la terrible noche que habia pasado en su cabaña.

Juana, viendo volver á Enrique, corrió á ocultarse de nuevo en las ruinas, sin tener tiempo mas que para decir á Blanca:

—Silencio... y no os vayais de ningun modo, señora!

Dispuesto ya todo para el viaje, vino Enrique á presentar su mano á Blanca para acompañarla hasta la litera, que se hallaba al pié del castillo. Blanca retiró su mano y solicitó de Enrique que retardase aun por algun tiempo su marcha.

Negóse á ello Enrique, y hasta en su apresuramiento llegó á cogerla del brazo dirigiéndola hácia la puerta bruscamente, diciendo:

—Es preciso marchar, señora... y ahora mismo.

Iban á dirigirse ya hácia la puerta, cuando se colocó delante de ella un hombre embozado con su capa y cubierto el rostro con el ala de un enorme sombrero.

—¡No saldreis de aquí!

—¿Y quién es quien se atreve...? dijo Enrique.

—Repito que no saldreis de aquí.

Blanca se estremeció al oír el sonido de aquella voz, y Enrique preguntó:

—¿Quién eres tú?

Alberto, tirando su capa y su sombrero, contestó:

—El que tiene derecho á mandarte.

—¡Alberto! exclamó retrocediendo lleno de espanto y de asombro Enrique.

—¡Es él! ¡es él! exclamó Blanca arrojándose en sus brazos.

—¡Vivo! ¡vivo! pronunció con voz aterradora Enrique.

—¡Sí, vivo, para confundirte, malvado! le gritó Alberto.

—Pues bien, fuera máscaras, ya que tú lo has querido. ¿Sabes, príncipe Alberto de Berenguer, que tú mismo te has venido á colocar entre las garras del tigre viniendo á desafiarme en su propia caverna? ¡Hola! ¡Aquí de mis fieles!

En el mismo instante acudieron una porción de aventureros y sayones.

Mandóles Enrique que se apoderasen de Alberto.

Iban á hacerlo ya, cuando desolada la princesa Blanca se colocó delante de él para protegerle con su cuerpo.

—¡Arrancad de ahí y llevaos esa mujer! gritó desaforadamente Enrique, y una turba de soldados cogió á Blanca arrastrándola al interior de la torre.

—¡A mi socorro, soldados de mi padre el conde de Gerona! gritó Alberto blandiendo la espada.

Por la derecha entró Pedro al frente de muchos soldados y trabaron una recia batalla con Enrique y sus aventureros. Era aquello un verdadero infierno: gritos espantosos, choque de las espadas que se rompían contra las corazas y armaduras, ayes de los heridos y de los moribundos, formaban un lúgubre estruendo. Pedro y Alberto llevaban la mejor parte en la pelea. El mismo Enrique se hallaba á punto de sucumbir bajo la punta de la espada de Pedro, cuando huyó á refugiarse en la torre á donde se habían llevado á Blanca.

Allí iban á perseguirlos Pedro y sus soldados, cuando los aventureros que se habían llevado á Blanca, saliendo de la torre cargaron sobre ellos y los rechazaron tomando la ofensiva.

Alberto creyóse perdido; Pedro, cogiéndole un brazo, le hizo entrar por un pasadizo que había abierto detrás de un pilar, diciéndole:

—Por aquí estaremos muy pronto en el centro de la torre y nadie podrá seguirnos.

Entraron en el desconocido pasadizo Juana y Alberto, y Pedro cerró inmediatamente la puerta tras de ellos.

Salíó poco despues Enrique de la torre buscando á los fugitivos. En vano preguntó por ellos, solo obtuvo la respuesta de que habían desaparecido en las ruinas.

—Pues bien, que mueran en ellas con la que sabe su secreto, y mandó que no quedase piedra sobre piedra en el castillo.

Antes de marchar con sus aventureros hizo prender fuego á las ruinas, hacinando en torno de ellas inmensos combustibles.

Prendió el fuego, alzaronse densos torbellinos de humo, crujieron las piedras, se desquebrajaron los arcos, se hundió en mil pedazos el frente de la torre y se vió en su centro á Blanca de rodillas levantando sus manos al cielo.

Trepando sobre los escombros se vió á un hombre subir hasta la torre.

Aquel hombre era Alberto de Berenguer.

IX.

Grande era la consternacion y la incertidumbre que reinaba en el palacio del conde de Gerona, el que cada día se hallaba mas triste y abatido, y todo hacia temer que no pudiese resistir al duro golpe que había destrozado su corazón.

Luis, el hermano de Juana, había ido á Gerona á hablar con el fiel Olesa, y á anunciarle que el príncipe Alberto, á quien todos lloraban por muerto, se hallaba vivo en la cabaña de su hermana y convaleciente de las heridas con que los asesinos habían traspasado su pecho.

Contó tambien al antiguo y leal confidente de Berenguer el modo milagroso con que había logrado salvar al príncipe, cuyo cuerpo ensangrentado habían arrojado al Ter sus implacables asesinos.

Convino con Olesa en que aun el príncipe debía de permanecer por algunos días oculto en la cabaña de su hermana Juana para desorientar á sus enemigos, que al mismo tiempo habían robado á la princesa Blanca, los que debían ser poderosos y dirigidos por una mano hábil, la que era imposible descubrir ni aun sospechar.

Luis volvió al valle de Saurias, y al llegar vió con no poco asombro y dolor reducida á cenizas su cabaña, y que habían desaparecido de ella Juana y el príncipe Alberto, ignorando completamente su paradero.

Aumentábase la incertidumbre y perplejidad del fiel Olesa, porque nada se sabía tampoco del príncipe Enrique, que, lleno de celo y de ardor, había salido á buscar las huellas de los raptos de Blanca.

No sabían qué hacerse ni qué resolucion tomar, alegrándose mucho de haber tenido la prudencia de ocultar al conde de Berenguer la salvacion de su hijo Alberto, porque, habiendo desaparecido de la cabaña, lo creían seguramente muerto ó en poder nuevamente de sus asesinos, y el pobre padre hubiera tenido que llorar dos veces á su hijo.

Un gran rumor y fuertes aclamaciones les sorprendió cuando se hallaban en esta mortal inquietud.

Era el príncipe Enrique que se apeaba de un fogoso corcel á la puerta del palacio ducal, y cuya vuelta saludaba el pueblo con entusiasmo, porque en él, despues de la desgracia de su hermano, se cifraban todas las esperanzas, y era el único vástago que quedaba á la familia de los Berengueres, tan querida de los pueblos del condado de Gerona.

Salieron á recibir al príncipe Enrique, el que, al ver á Olesa, le dijo con tono brusco altivo:

—Salud, fiel Olesa, mis pesquisas han salido vanas. Solo traigo tristes noticias.

—Pues, yo, señor, tal vez podré dároslas mas felices.

—¿Cuáles?

—Vuestro hermano Alberto.....

Estremeciósse Enrique, y le interrumpió vivamente diciendo:

—¿Qué? ¿Se ha sabido algo de mi hermano?

—Se cree que esté vivo.

—¡Vivo! dijo dando dos pasos atrás Enrique; ¿quién lo ha dicho?

—Este hombre..... dijo Olesa señalando á Luis; un pescador que lo ha sacado del Ter.

Enrique se dirigió entonces á Luis, diciéndole:

—¿Tú?.... ¡ah! ¿eres tú el que lo has..... ó pretendes al menos.....

—Es la pura verdad, señor, contestó humildemente Luis. Lo he cuidado en mi cabaña.

—¿De veras! le dijo Enrique mirándole fijamente. ¿Y qué has hecho de él despues?

—Ignoro cómo se ha marchado del asilo que yo le habia dado, y hácia qué punto haya podido dirigir sus pasos, y he venido inmediatamente á participárselo al conde.

—¡Olesal! exclamó Enrique con decision dirigiéndose á éste, he sabido que se traman conjuraciones contra mí en Gerona. Conozco á mis enemigos y á mis amigos. He vuelto para castigar á los unos y recompensar á los otros. Este hombre es, quizás, el agente de ciertos fautores de motines propagadores de rumores falsos.

—¡Voi! dijo confuso y aterrado Luis.

—Yo lo sabré, continuó diciendo Enrique; y llamando á uno de sus soldados, le mandó que le encerrasen estrechamente y vigilasen cuidadosamente.

En vano Luis protestaba. era un antiguo soldado ajeno á las intrigas de la corte, y que ningun poder en el mundo, aun el del mismo Enrique, seria bastante á hacerle proferir una mentira.

Enrique, que se habia propuesto hacerle callar, mandó que le pusiesen una mordaza si volvía á proferir una sola palabra, y que en caso de necesidad.... y al mismo tiempo hizo un horrible gesto, indicando que debian darle de puñaladas.

Asombrado estaba el fiel Olesa al ver la cólera de Enrique, y no comprendia su desconfianza. Hacia veinte años que la dulzura, cualidad de su genio, era conocida de todos. Tanta habia sido su habilidad en reprimir su carácter y templar con el mas profundo disimulo sus malas pasiones. Habia llegado para él el momento de arrojar la máscara que por tanto tiempo habia llevado para lograr su fin. Creia que el estado de abatimiento y debilidad en que se hallaba el conde Berenguer, y el estupor en que habian caido los pueblos por los terribles y recientes acontecimientos, le ponian en el caso de obrar libremente y desplegar toda la audacia de su carácter.

Paseábase á grandes pasos por el salon, lleno de agitación, designando de vez en cuando á Olesa, al que decia:

—Demasiada confianza he tenido hasta hoy.... aquí hay traidores.... se quiere abusar del estado de debilidad de mi padre.... se arman facciones en nombre de mi hermano muerto.... tal vez harán que se levante un impostor....

—¿Qué decís, señor? le dijo Olesa procurando calmarle.

—¿Pues no habeis oido á ese hombre? ¿Creeríais vos acaso en ese cuento de resurreccion? ¿Quién será osado á llevarlo á los oidos de un padre, y pronunciar delante de él el nombre del principe Alberto?

—¡Alberto, mi querido hijo! ¿quién habla de él? dijo la condesa Sibila, que al entrar en el salon habia oido las últimas palabras de Enrique.

—Yo, señora, le contestó éste con la mayor frialdad y desdén; yo, señora, que vuelvo de un penoso é inútil viaje. Tiempo es ya de que os domineis, y no trateis de afligir inútilmente el corazon de los que os rodean.

En aquel momento se abrió la puerta del salon, y entró el conde Berenguer, pálido, pudiendo sostenerse apenas, y apoyado en el brazo de uno de sus pajes. Al verlo Enrique, continuó con tono altivo diciendo á la condesa:

—¡Señora, aquí está mi padre! hacedme el favor de no aumentar su pesar con el espectáculo de vuestras emociones.

Asombrada quedó la condesa al escuchar el tono altivo

é imperioso de Enrique, que siempre se habia distinguido por su respetuosa humildad y escelente carácter. Oía á Enrique y no podia acabar de persuadirse que fuese el mismo el que así le hablaba.

El conde se dirigió á Enrique, y despues de abrazarle, inundados sus ojos de lágrimas, le dijo:

—He sabido tu vuelta, hijo mio....

Detúvose un momento, y continuó despues:

—En la consternacion de tu madre, en tus ojos bajos y tristes, leo que me traes malas noticias. Preparado estoy á ellas.... te aguardaba sin esperanza, pero con impaciencia, porque el poder al que te habia asociado, hijo mio, y mi salud quebrantada por los pesares y la edad, no me permiten consagrarme mas que á mi dolor. He resuelto abdicar en tí mi corona de conde.

—¡Señor! le dijo doblando la rodilla el fiel Olesa, el compañero antiguo de todas las vicisitudes de Berenguer; semejante resolucion.... ¿Lo habeis pensado bien?...

—Es necesario, urgente, Olesa; marcha inmediatamente á convocar el consejo. Tú, hijo mio, esta tarde mismo serás proclamado conde de Gerona. Ven, Enrique, á preparar conmigo el acta de mi abdicacion.

—Obedezco, señor, pero con gran pesar, contestó hipócritamente Enrique, dando el brazo al conde para salir del salon.

Sentia Enrique abrasarse el suelo que pisaba, y conoció que no podia salvarse sino á fuerza de audacia, resolviéndose á jugar el todo por el todo.

La condesa hizo notar á Olesa el extraño y repentino cambio que se habia verificado en las maneras y en el tono del principe. Olesa se propuso investigar la causa, sintiendo mucho no poder hacer brillar á los ojos de la condesa siquiera un débil rayo de la esperanza que él abrigaba.

Quedóse sola la condesa, y entregábase á su dolor calculando en la causa de la aspereza enteramente nueva con que la habia tratado Enrique, propia solo de un hombre que acaba de conseguir su objeto, revelando que su buen carácter hasta aquel dia habia sido una máscara hipócrita con que habia encubierto sus designios.

Un paje entró á decirle que una hermana del convento de Santa Clara venia á traerle unas reliquias que para curacion del conde habia pedido á aquella comunidad, que tenia gran reputacion de santidad.

La condesa, que no tenia en aquellas circunstancias mas consuelo que la oracion, mandó inmediatamente que entrase aquella piadosa mujer.

Entró, en efecto, una mujer, cubierta con el velo de las hermanas de Santa Clara y vestida de un tosco sayal. Alzóse el velo, y preguntó á la condesa si la reconocia.

Levantóse de su asiento la condesa, la examinó un momento, la reconoció y la dijo:

—Hace un mes que os he visto. Sois Juana, la que habeis servido de madre en su infancia á Enrique.... ¿Por qué no habeis vuelto despues? ¿Por qué ahora ese disfraz?

—Porque ayer, señora, todavia me veia amenazada de muerte, contestó Juana á media voz; de muerte la mas terrible, encerrada con personas que os son muy queridas y de la que nos hemos librado por un milagro. Por subterráneos, conocidos solo de mi marido, hemos salido de unas ruinas que debieron ser nuestro sepulcro. Sin este disfraz, me hubieran matado cien veces antes de haber podido llegar á vuestra presencia.

—Dices que has estado encerrada con personas que me son muy queridas.... ¿con quiénes?

—Os suplico, señora, contestó Juana bajando todavía mas la voz, que recojais todas vuestras fuerzas para soportar una grande alegría. No llameis, no deis un grito ni os deis por entendida de nada, si no quereis que todo sea perdido.

—¡Hablad, por Dios!... me anunciais una grande alegría. ¡Ya no hay alegría para mí, he perdido á mi hijo!

—¡Vuestro hijo vive, señora! dijo Juana bajando estremadamente la voz.

—¡Vive mi hijo Alberto!...

—Silencio, señora, por Dios.....

—¿Con que dices que se ha salvado? dijo la condesa, atreviéndose apenas á pronunciar estas palabras.

—Salvado por dos veces.

—¡El! ¡mi Alberto! ¡vive! ¡ah! ¿No me engañas?

—¡Libreme de ello Dios, señora! pero por compasion al mismo, conteneos.

—¿Y por qué?

—¡Ay! si os oyeseis.....

—Es, contestó con energía la condesa, que yo quiero que todo el mundo me oiga, que resuene este palacio con los gritos de mi alegría.

—¿Quereis que vuelva á caer en poder de su mas cruel enemigo?

—Cualquiera que sea su enemigo, yo no lo temo aquí, en el palacio del conde Berenguer.

—Pero el otro, señora.....

—¿Enrique?

—¡Sí, el perseguidor, el encarnizado asesino del principe Alberto, es él!

—¡El, el asesino de su hermano! exclamó horrorizada la condesa.

—¡Gracias al cielo, no es su hermano, señora!

Entonces Juana contó á la condesa, que cada vez la oia con mayor asombro, la historia del nacimiento de Enrique, y el trueque que de él habia hecho su marido cuando el conde habia ido á reclamarla el hijo que habia depositado en sus manos y que habia muerto.

Entonces comprendió la condesa la causa de la repulsion que siempre habia sentido por Enrique, tan cierto es que el instinto de las madres nunca se engaña.

Juana enteró tambien á la condesa de que su hijo se hallaba no lejos de Gerona oculto en un convento con su prometida esposa, en tanto que Pedro su marido buscaba defensores para combatir á todo un ejército que pertenecía al falso principe y que ocupaba las puertas y baluartes de la ciudad.

—¡Yo combatiré aquí por ellos! exclamó la condesa.

—¿Cómo?

—Vete á reunir con ellos, y bendita seas por la felicidad que me has traído, dile á mi hijo que, gracias á Dios, todavía el conde es dueño del poder, y que por mí sabrá que Alberto está vivo. Aun no se ha firmado la abdicacion. Voy á entrar en el cuarto del conde.

—¿Pero, y Enrique? la dijo con la mayor ansiedad Juana.

—¿Y qué me importa? la contestó resueltamente la condesa, ahora ya no le temo. El tiempo urge: vete, vete... y la hizo salir del salon por una puerta secreta.

La condesa que habia vuelto á encontrar en su alma toda la heroica energia de que es capaz una madre por salvar á su hijo, se dirigió precipitadamente á la sala en donde el conde su esposo se hallaba en consejo con los notables de Gerona tratando de su abdicacion.

Iba ya á abrir la puerta de la sala del consejo cuando le salió al encuentro Enrique, y la dijo:

—¿Dónde vais, señora?

—Al lado de mi esposo.

—¡Perdonadme, madre mia, es imposible!

—No me llameis vuestra madre, ¡infeliz! sabeis bien que no sois mi hijo.

—¿Con que me han vendido?... dijo con furor Enrique. Entonces comprendereis mejor, señora, el por qué no podeis entrar.

—¡Insolente aventurero! le gritó con altivez la condesa, ¿pretendeis detenerme?

—Ya lo veis, señora?

—¡Atrás! ó doy voces, llamando al conde.

—Es demasiado débil vuestra voz para que pueda llegar hasta él.

Iba á llamar la condesa cuando cogiéndola por el brazo bruscamente Enrique, la dijo:

—No llamareis á nadie antes que desde lo alto de este balcón se haya proclamado al principe Enrique, conde de Gerona.

—Ese título pertenece á mi hijo. El vengará el ultraje hecho á su madre.

—¡Vuestro hijo! dijo Enrique con satánica sonrisa.

—¡Está vivo, lo sé!

—¿Vivo?

—¡Y libre!

—¿Libre? quien os lo ha dicho...

—Una de tus victimas, Juana.

—¿Juana?

—¡Ah! ¿tienes miedo?

—¿Yo miedo de una mujer? dijo riéndose Enrique, ¡gracias, condesa Sibila!... sois muy imprudente en haberme dicho que estaba libre antes de saber que estaba en seguridad... ¡me habeis declarado la guerra! ¡pues bien, habrá guerra! Nada tengo ya que mirar ni contemplacion ninguna que guardar. Mis emisarios están apoderados de todos los caminos. ¡Antes de una hora vuestro Alberto caerá bajo su puñal, y vos, su madre, sereis la que le habrá asesinado!...

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó la condesa dando un grito desgarrador, y cayendo á los pies de Enrique se desmayó.

A aquel grito acudieron varios cortesanos al salon, y Enrique con horrible serenidad les dijo:

—La condesa acaba de experimentar una violenta crisis que ha alterado su razon: llama á su hijo muerto, al que cree ver siempre vivo, llevadla á su estancia y que nadie penetre en ella, y avisad al padre médico del convento de San Francisco.

Cogieron los servidores de la condesa á su desmayada señora y la trasportaron á su lecho.

Ardiente fiebre discurría por las venas de Enrique, el que al saber que Alberto habia logrado salvarse se hallaba en tan extrema situacion, que para él no habia medio entre una corona y la horca, y en el último extremo en poner término á su vida con un activo veneno que llevaba siempre consigo.

Aguardaba con impaciencia y ansiedad el momento en que se abriese la puerta del salon donde se celebraba el consejo.

Pasaba el tiempo, y no concluian las deliberaciones de este, y de punto iba creciendo á cada instante mas su agonia. Pudieran habérsele contado los latidos de su corazon, tanto y tan violentamente palpitaba este, entre la esperanza y el temor.

Abriéronse, por fin, las puertas del salon del consejo, y

los notables de Gerona fueron saliendo lenta y pausadamente, con el rostro triste y abatido. Nada se habia concluido en aquel consejo, porque habian tenido que dilatarlo hasta el dia siguiente.

En el momento de pronunciar su abdicacion el conde, le habia acometido un desmayo por la debilidad en que se hallaba, accidente que venia sufriendo hacia ya algunos dias.

Gran contratiempo fué este para Enrique, para quien un dia, una hora de dilacion tal vez, podia ser funesta. Todo le amenazaba interin Berenguer fuese dueño del poder, en tanto que pudiese ver y oír... este era su peligro verdadero, el único que tenia que conjurar á todo trance.

Trasladóse inmediatamente al lecho en donde habian colocado despues de su desmayo al conde. El fraile médico que habian ido á llamar al convento para la condesa que se habia desmayado, llegó trayendo preparado un cordial con que reanimar sus fuerzas y hacerla volver en sí.

Era muy frecuente en la época en que pasaban estos sucesos que los frailes ejerciesen la ciencia de curar, y en sus conventos, verdaderas farmacias de aquellos tiempos, se confeccionaban los medicamentos.

Llegó el religioso con su capucha echada á la cabeza y entregó á un criado el cordial que traia en una copa para la condesa, y este la colocó en una bandeja de plata.

—Es inútil ya vuestra asistencia para mi madre que ha vuelto en sí, dijo Enrique.

El religioso se retiró al fondo de la estancia permaneciendo silencioso con los brazos cruzados y los ojos fijos en Enrique.

Este pidió el brevaie que contenia la copa, y recibida de manos de un criado dijo:

—En los tiempos en que vivimos ninguna precaucion es bastante contra la traicion. Este santo hombre mismo puede haberse engañado, y antes que los labios de mi padre toquen esa bebida quiero probarla yo primero.

Cogió la copa y tomó un sorbo, y al retirarla de sus labios vertió cautelosamente y con la mayor ligereza unos polvos.

No fué tanta su agilidad que no lo echase de ver el fraile á quien creia el médico del convento. Dirigióse despues á este encargándole que fuese á cuidar al enfermo, recomendándole á sus oraciones.

El instante era decisivo, y los pocos minutos que sus enemigos dejaban á Enrique iban á serles muy fatales. Conocia Enrique que Berenguer no trataba de abdicar tan pronto, y se propuso arrancar esta abdicacion por medio de la muerte.

Entró en el cuarto donde yacia todavia desmayado, y cuyo lecho rodeaban Olesa, y algunos de sus mas leales súbditos. El fraile médico se aproximó á él, y sin hablar una palabra le tomó el pulso, movió en señal de desconfianza la cabeza, cogió la copa que habia traido consigo despues de haberla recibido, como hemos visto antes, de las manos de Enrique... la aplicó á los labios del enfermo, pronunciando en su oido algunas palabras que solo de él pudieron ser escuchadas... Berenguer la apuró toda entera... dejó caer su cabeza sobre la almohada y se quedó sin movimiento.

Un rayo de súbita alegría brilló en los ojos de Enrique.

El fraile le tomó otra vez el pulso y meneando nuevamente la cabeza exclamó:

—¡Muerto!!

Uno de los cortesanos abrió el balcon del aposento del enfermo y grito:

—El conde Berenguer ha muerto. ¡Viva Enrique, conde de Gerona!

Todos los que se hallaban en el aposento del difunto conde, excepto Olesa y el fraile, rodearon á Enrique como en ademán de felicitarle.

Enrique que se habia arrodillado á los pies de la cama del que todos creian ser su padre, se levantó diciendo:

—Señores, vamos á orar por el eterno descanso de su alma.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(La conclusion en el número siguiente.)

AL DISCUTIR. En las disputas y en las conversaciones puede haberse advertido lo que acontece á las personas de carácter duro y áspero. Como no contienden para ayudarse unas á otras, sino para derribarse por el suelo, se alejan de la verdad, no en proporcion de la grandeza ó pequenez de su talento, sino por la mayor ó menor estravagancia ó aspereza de su carácter.

Lo contrario acaece á aquellos á quienes la naturaleza ó la educacion han dado cierta dulzura. Como sus disputas no son sino socorros mútuos, como concurren ellos al mismo objeto y solo piensan diferentemente para llegar á pensar de igual modo, hallan la verdad en proporcion á sus conocimientos: esta es la recompensa de una buena índole natural (1).

POBRE Y RICO. Nada importa ser pobre cuando es con prudencia; el mal consiste en serlo con debilidad, sin dignidad ni constancia. De algo sirve ser rico, siéndolo para el bien; pero de otro modo es la peor condicion, porque se reunen las tentaciones de la locura con las de la malicia.

DAMIRON.

LA ALEGRIA EN EL HOGAR DOMESTICO.

¡Cuán equivocados están los que al ver á una pobre madre que al mas ligero ruido, siquiera sea un ruido soñado, corre inquieta y temblando á la cuna de su hijo recién nacido, dicen:

—¡Pobre madre, cuántos cuidados le cuesta ya su hijo! ¡Cuán digna es de lástima!

Que no se diga tampoco del laborioso artesano que pasando todo su dia en el trabajo, gastando en él sus fuerzas y ánimo, ve interrumpido de repente por la noche su sueño por el llanto de un chiquillo.

¡Pobre hombre á quien roba el descanso necesario!

Que tampoco cuando se aumenta una familia se diga:

—Pobres niños á quienes viene un recién nacido á hacerlos mas pobres, disminuyéndoles su parte en los cortos bienes.

No, en una casa honrada los nuevos hijos no empobrecen á nadie.

(1) Montesquieu: *Defensa del Espíritu de las leyes*.

Los cuidados, las fatigas maternales, la privación del sueño á que debe de resignarse el cabeza de familia, la amistad de sus hermanos y de sus hermanas, la criatura paga, sin saberlo ámpliamente todo esto, porque es la alegría de la casa, y aunque el mas pequeño de ella, la llena toda.

AQUEL que dijo: «Dejar que los niños se acerquen á mí,» dijo tambien: «El que recibe á un niño me recibe tambien á mí.»

Estas palabras divinas de Jesucristo que han atravesado,

y continuarán atravesando los siglos cual un luminoso rayo de mansedumbre, no se dirigen únicamente á los que dan acogida á un niño extraño, encierran tambien una condicion y una promesa de bendicion para cada familia en el día en que en ella nace un nuevo hijo.

Bendita debe ser la humilde casa aragonesa cuyo dibujo presentamos á nuestros lectores, y en la que el artista ha visto y trasladado el interesante cuadro de la alegría interior de una pobre familia.

No se puede dudar que á su venida al mundo ha sido



perfectamente recibido por sus padres y por sus hermanitos mayores la criatura cuyo contento contempla su madre con una mirada de dulce amor y de entusiasmo.

Cautivada por la encantadora armonía del baile, del canto, y de la bandurria y las castañuelas, la débil inteligencia que se despierta al ruido y al movimiento, no sabe darse cuenta de lo que pasa, y sin comprenderlo se sonríe.

La madre había dicho sin duda á sus otros hijos:

—Tú que eres el mayorcito y á quien ya te gusta la música y el baile, canta y baila para divertir al pequeñito.

El baile y la música han comenzado, y música y baila-

rín quedan muy satisfechos y bien recompensados de su tarea, viendo el buen efecto que produce.

Trataban de distraer á su hermanito, y nada mas que con una sonrisa éste los divierte y distrae á todos.

La alegría de la casa para una madre son sus hijos bien unidos; por los hijos es una madre feliz. Al mas débil parece que lo quiere mas, y que le da mas proteccion, pero su amor es igual, porque todos ellos han nacido de sus entrañas y son pedazos de su corazón.

El marido es feliz cuando lo es la mujer, y lo son sus hijos, que son la alegría del hogar doméstico.